

## Texto de Luis Emilio Soto: Para Un Perfil de Oliverio Girondo

El autor de *Espantapájaros* fue uno de los puntales de la estrepitosa generación “martinierrista”. Estrenó su dinámico humorismo, sensible a las crisis espirituales de posguerra y el brusco viraje de los gustos literarios. Alentó el juego de juvenil irreverencia contra los figurones, al que permaneció fiel. Oliverio se mantuvo siempre desbordante y vital. Escandalizó con ánimo “deportivo y festival” a los solemnes de su época, cariátides mundanas y vacas sagradas en letras de molde. Igualmente se reía de los aprendices de figurones porque cada generación trae los suyos. Era un espectáculo verlo ahuyentar larvas de impacientes *consagrados*, de acaparadores de premios y de mozalbetes ávidos de “llegar” a los escaparates oficiales. Oliverio no se complacía en divertirse con los recién salidos del cascarón literario ni aun con quienes padecían, entre otras enfermedades secretas de la edad, la de sentirse académicos en canuto. Por el contrario, sus bromas de hermano mayor eran saludables alertas contra la fácil estrategia de la “viveza criolla” y las tentaciones del exitismo. Contribuía a prevenir sobre todo a las tandas de muchachos dotados de vocación y talento. Los incitaba a no caer en las redes del ambiente conformista y a rehuir sus seductores sirenismos. Así Oliverio fue consecuente con su propia intransigencia juvenil. En nombre de ella toreaba jovialmente a las promociones posteriores al “martinierrismo” no para que lo imitaran, claro es, en sus conquistas, sino en el impulso renovador. Oliverio, heterodoxo entusiasta en arte y literatura, no se propuso hacer proselitismo, aunque siempre estuvo rodeado de espíritus tanto más adictos cuanto más afines a su celosa independencia de criterio. Su jocunda voluntad de desacato colocaba a sus amigos cómodamente a la recíproca, requisito sin el cual no se disfrutaba de la perfecta convivencia como él la sobreentendía. Oliverio alentaba a los jóvenes apasionados, acicateaba su brío polémico y se regocijaba incluso cuando se le subían a las barbas, dicho sea para recordar las suyas que fueron precursoras de los burlones actuales. Barbas rebeldes aparte, ejemplificó el culto a la vanguardia permanente. Renovados elencos de artistas, poetas y escritores de distinta filiación estética, estrecharon contactos en torno a Girondo. Irradiaba un fuerte magnetismo personal. Atrás quedaba cierta aureola de privilegiado suramericano, si bien su alergia a la compostura burguesa, sus buscapiés irónicos contra los “bien pensantes” y “snobs” lo distanciaban de la oligarquía. Girondo por ascen-

dencia estaba vinculado a ella (era primo del general Uriburu, jefe del cuartelazo de 1930 y presidente durante la dictadura, origen de nuestra crisis política), pero hacía rancho aparte. Sobrellevaba los lazos sociales como se conservan las amígdalas y el apéndice, ripios extirpables. Nada tenía que ver con los prejuicios de clase ni con los intereses profesionales pues olvidaba también el título de abogado entre sus “membretes” inéditos.

Desde luego Oliverio pudo ya en los años mozos y tuvo la suerte de ser un reincidente viajero planetario. Largas residencias en el París de la “belle époque”, le permitieron asimilar después la atmósfera renovadora antes y durante la erupción surrealista. Allí se afianzó su vocación literaria, decantó el cosmopolitismo y adaptó las técnicas adquiridas al voltaje del ambiente porteño. Girondo había absorbido el clima moral y espiritual de la Europa de postguerra. Era la experiencia más o menos común a Edwards Bello, Huidobro, Güiraldes, Asturias, Carpentier, Supervielle y otros compañeros de ruta criollos. Todos promovieron a su regreso núcleos y conflictos generacionales, eficaces bataholas no desprovistas de petardismo chacotón, alrededor de los “ismos” de temporada. El retorno de Borges, Güiraldes y Girondo a Buenos Aires coincidió aproximadamente (1920-1924) y los tres dentro de la formación peculiar de cada uno, aportaron su beligerancia a la trinchera común: ofensiva contra el arte “pompiér,” como se decía entonces.

Girondo propulsor de las nuevas corrientes estéticas fue hasta los años maduros un fermento vivo. El relevo de las generaciones remozaba su optimismo, su solidario gozo de invención y búsquedas, cuanto más atrevidas mejor. Prodigó a los jóvenes su temperamento extravertido, su juicio agudo incluso en artes plásticas, su euforia de ingenio, su espontánea camaradería sin demagogia de veterano en procura de feligreses. Por el contrario, les reclamaba una autocrítica sin concesiones. Sus estímulos más efusivos nacían de esa lealtad con los demás que era en el fondo noble e imperiosa lealtad consigo mismo. Uno de los valiosos aportes de Girondo, refractario a los desplantes de tanto dómine suelto, consistió en predicar con el ejemplo, aunque el escrúpulo--y buen gusto--le laceraban los labios para aludir a su persona. Era exigente con la obra ajena si bien nunca tan severo como con su propia producción.

Permaneció fiel a sus viejos cultos siempre abiertos a otros giros de la sensibilidad. La alquimia de Oliverio coordinaba la voluntad del rigor mallarmeano con la videncia de Rimbaud, vigía de otra realidad. Su dinamismo subjetivo, lejos ya de los trapecios vanguardistas, se revitalizó volviendo a las fuentes de esos fenómenos de la crisis espiritual de nuestro tiempo. Sin desestimar sus conquistas procuró retomar el curso de las “constantes” estéticas a través de nuevas direcciones. Girondo redescubrió, conforme a sus preferencias íntimas, claves e incentivos en las devociones familiares: la pesadilla demoníaca de Lautréamont, la fantasía transfigurada en humor e incongruencia lírica del prestidigitador de *Calligrammes*, en fin, las magias verbales de Henri Michaux y Antonin Artaud. Esa temperatura caldeaba la pasión creadora de Girondo, poeta antes y después de todo. Siempre evadido de lo real, se resistió a doblegarse cuando le salió al paso la niveladora edad de la prudencia o “persuasión de los días”, para decirlo con el título de uno de sus libros maduros. Desde las mocedades había frecuentado a Apollinaire y Jarry, entre otros precursores ahora resurgidos por los tardíos voceros de la “antiliteratura”. El absurdo de la existencia, lo grotesco y las fugas a lo maravilloso eran, pues, sus temas—tentaciones—de cabecera.

Así Oliverio cumplió antiguos sueños. Lo hizo de acuerdo con su pulso vital, jugándose entero en la prueba. Se lanzó entonces a explorar las tierras de nadie entre las “palabras en

libertad”, ya cincuentenarias, y la forja de una expresión hermética o, mejor dicho, impenetrable sin medias tintas. No ignoraba los precedentes seculares de tamaña ambición desde Rabelais y Burchiello hasta Joyce y Fargue. Más allá de las distorsiones de sintaxis, Girondo llegó a la alucinante frontera entre el lenguaje poético y sus esquirolas, intermitente mensaje cifrado.

Oliverio, ya sesentón largo, publicó el libro *La masmédula*. Fue magnificado con incondicional y fervorosa adhesión por Enrique Molina, a quien saludé en un lejano artículo cuando surgió al frente de la generación de 1940. Dicho sea de paso, Girondo instituyó el premio “Martín Fierro”, cuyo primer jurado tuve el privilegio de integrar con Borges y González Lanuza (1940). La convocatoria para poetas inéditos no pudo ser más oportuna. En efecto, reveló la espléndida generación del 40, sucesora inmediata de la “martinfierrista”, así por el plantel homogéneo y la autonomía como por la conciencia de nuevos ideales históricos y estéticos. De esos concursos salió Enrique Molina (1941), singularizado desde los aprontes por su denso lirismo.

¿El paroxismo verbal de *La masmédula* es una humorada heroica, una desesperada tentativa de pasar las barreras del sentido? Sea en estado de trance o de vigilia, el autor se entregó al vértigo de desafinar con fruición lúcida. Se ha dicho gráfica e irónicamente que la verdadera poesía se reconoce porque provoca un estremecimiento en la médula; él se atrevió a excitar reacciones en cadena “masmedular”. Girondo soltó demorados ímpetus de “zafarse” del idioma como instrumento de comunicación y básicos supuestos universales. Al fin llevó a cabo el intento largamente acariciado de descoyuntar las estructuras de sentido. El asalto a la sintaxis fracturó incluso la palabra y la dejó con las raíces semánticas en el aire o crispadas en ayuntamientos informes.

De cualquier manera, Girondo afirmó la audacia juvenil. Sus reservas intactas en contraste con el común sedentarismo de la edad, fueron extremadas hasta el desafío sin excluir a allegados nada timoratos en punto a excentricidades. Huidobro bajo el estímulo de similares antecedentes, había intercalado en *Altazor* trechos de criptogramas; Girondo les dedicó todo el volumen. Por mi parte, no compartí ese salto en el vacío. Creo con Chesterton que no conviene entusiasmar a los triángulos a emanciparse de los ángulos, paradoja aplicable al lenguaje. Más aún, Oliverio y yo discutimos las presuntas bases teóricas de la tentativa en una entusiasta sobremesa con tanto frenesí como whisky. Los argumentos en pugna eran demasiado espumantes--y no debido a los *Alcools* de Apollinaire!--para esclarecer el debate. Respaldé mis reservas con el docto ensayo de Benjamín Crémieux y el exhaustivo de Alfonso Reyes sobre la “jitanjáfora”. El ping-pong polémico rodó entre veras y bromas en presencia de rostros familiares. Asistían el lacónico y admirable Juan C. Onetti, cuya novela *La vida breve* había hecho editar Oliverio, y Aldo Pellegrini, surrealista de la primera hora y antólogo, ambos espectadores mudos. Norah Lange amenizaba con su vena de ingenio revesado, destrabalenguas de fantasía y humor. Por lo demás, expresé a Oliverio los reparos con la franqueza habitual que era también la suya. De igual modo había destacado otras veces algunos de sus libros anteriores en varios artículos. Girondo era insobornable a la lisonja y sabía reconocer la discrepancia leal, puesto que la practicaba ejemplarmente. Cualesquiera fuesen nuestras ocasionales disidencias--el gay opinar de Oliverio ganaba voluntades a fuerza de simpatía--, siempre respeté al hombre íntegro y al poeta auténtico en una sola pieza. Después de todo, ¿la aventura de Girondo no era un rebrote de su viejo culto mallarmeano y del anhelo de rescatar la magia poética que subyace en las “palabras de la tribu”?

Oliverio tenía el complemento temperamental en su esposa Norah Lange, autora de *Cuaderno de infancia* y otras excepcionales novelas. Su casa fue uno de los más prestigiosos centros de la vida intelectual porteña. Durante más de un cuarto de siglo, artistas, poetas y escritores de varias generaciones se dieron cita bajo su techo hospitalario. Aquellas ruidosas reuniones se prolongaban hasta la madrugada, aunque algunos tomaban el relevo a partir del alba. Los expansivos anfitriones animaban las periódicas fiestas donde todos tenían cabida, menos el protocolo. Abundaban la música, el baile, el humor y, en honor del patriarca Noé, el trago caudaloso. Los dueños de casa, expertos coleccionistas de cuadros y objetos de arte, colmaban su erudición en materia de bodega. Las más diversas personalidades que visitaban Buenos Aires aparecían en aquel obligado apeadero. Encontrábamos allí desde García Lorca hasta John dos Passos, desde Neruda hasta el brasileño Augusto Schmidt, desde Nicolás Guillén y Xavier Abril hasta Zum Felde, Picón Salas y otros. Gómez de la Serna, íntimo de los Girondo, desertó para evitar "rounds" polémicos sobre la guerra civil española. No congeniaba con los desterrados que frecuentaban en bloque la casa de Oliverio y despotricaban contra el falangismo. Eran "habitués" Rafael Alberti, Miguel A. Asturias, Amado Alonso, Marta Brunet, Enrique Amorim y otros muchos admirados amigos. ¿Para qué nombrarlos si son tantos los que ya no están con nosotros? Ahora Oliverio y sus invitados, también ausentes, comparten--inseparables--la infinita tertulia.

Boston, marzo 25, 1969

LUIS EMILIO SOTO